

ha tenido comunicacion con punto alguno excéntrico de ella, contestaremos: que estas reflexiones nos harán cautos y prudentes para decidir *ore rotundo*, sobre las causas de muchos efectos que pueden ser hijos de muchas y distintas madres, pues no hay dificultad en concebir que, alguno de los temblores pasados, debieran su origen á la electricidad, otros en consecuencia, de ella, á los vapores y gases del Colli y del Popoca, y tal vez de esas revoluciones hayan sobrevenido en las montañas hundimientos y *magno . . . repente, concussu late disserpunt inde tremores*; mas no por estas observaciones, aseguraremos que esos temblores han sido independientes, de toda mocion volcánica. Esos respiraderos formidables de nuestro planeta, llevan á veces sus efectos á puntos distantes, y como bandidos, toman caminos por donde no son sentidos, con lo que se presentan derepente sin saberse de donde ni cómo han venido. Tal vez parecerá nuestro juicio ó exótico ó infundado á primera vista, pero se desvanecerá esa opinion si se lee la relacion siguiente tomada al pie de la letra de la citada obra de Mota Padilla, al cap. 53. “Fué muy memorable para la ciudad de Zacatecas el año de 622, porque parece que el estar opulentas las minas, y buenas las leyes

de los metales, daban motivo á algunos desórdenes, y siendo así, que nunca se habian experimentado temblores, el dia 6 de Mayo comenzaron y por espacio de cuatro meses se continuaron tan terribles, que se discurrió quedase la tierra despoblada, hasta que el cabildo y regimiento de aquella ciudad, en concurrencia del vicario eclesiástico, que entónces lo era, el Sr. D. Juan de Ortega Santélices, con todos los demas vecinos, determinaron elegir Patrono para que los librase de ellos, y habiendo propuesto varios santos, salió en suerte el glorioso San Nicolás Tolentino, á quien juraron celebrarle todos los años su fiesta, como lo hacen con gran solèmnidad, y no ha vuelto á temblar. Otros dicen ser Patron de la ceniza, que por el dia nueve de Junio del mismo año, viérnes á las cuatro de la tarde, fué de hácia Pánuco á Zacatecas, un viento recio, que llevaba tanta ceniza, que oscureció el sol, y lo veian tan blanco como la luna en su llena. Causó tanto temor, que las gentes por las calles se confesaban á voces y quedaron las azoteas, calles é interior de las casas, cubiertas de ceniza, y por diligencias que se hicieron no se pudo saber su origen, por no haber en más de cien leguas en contorno volcan alguno.” Si las cenizas no hubieran reve-



lado la causa misteriosa de la plaga de los temblores que aquejaron á Zacatecas, ¿se hubiera sospechado que eran producidos por alguno de los volcanes, que están á ciento y más leguas de aquel terreno privilegiado hasta entónces, que se creía libre de los ímpetus de Vulcano?

Otra reflexion salta á los ojos, leyendo esa historia, y es, que puede muy bien suceder el que se pasen en un país cuatro meses entre los vaivenes y sustos de temblores, sin que por eso haya de deducirse, que le amenaza la erupcion de un volcan. Cuando se va á verificar esa horrible escena, preceden movimientos inquietos y perturbados de la tierra y tambien,

*...Subito mugire solum raucoque fragore. Horremdum procul audita resonare cavernae.* Más no siempre que se repiten las convulsiones de la tierra y se oyen esos roncós mugidos, se ve en el mismo lugar el espectáculo que en Jorullo acaeció, donde

*Extemp'o Vallis visa est trepidare profunda.*

*Tunc... penetralia scindi.*

*In préceps volvi trepido magnalia casu.*

*Quien etiam solito constructum marmore templum.*

*Atolli vissum, tellure tumente.*

A muchos aterrORIZABAN los ruidos con que

venian acompañados los temblores: fenómenos son inseparables los unos de los otros, y si no siempre se oyen aquellos cuando se sienten éstos, es debido á la sorpresa y trastorno que se experimenta al tener la desdicha de que la tierra, la madre comun del género humano, la que recibe al hombre vivo cuando nace, y lo guarda muerto para la resurreccion, le falte y se le huya de los pies, y al ver que las casas y edificios levantados para nuestro amparo, defensa y descanso de la vida, se vengan sobre nosotros para sepultarnos vivos.

La alarma que produjeron los últimos temblores, la repeticion de ellos y la atencion que se ponía al esperarlos, daban margen á que se observasen por uno que otro, mejor al presente que lo que se puede hacer cuando apenas se siente cuando ya dejan de existir, como sucede con el rálampago, que se ve cuando no se espera, y se desaparece cuando aun lo buscan los ojos.

Ni esos ruidos son siempre indicios de volcanes que están para abrirse; si así fuera, no existiría la mayor parte de nuestras poblaciones y el país fuera un erizo de montañas ignivómicas. ¿Qué sería de nuestra hermosa capital de México, donde son tan frecuentes y repetidas esas



descargas de artillería subterránea? Léanse los apuntes para la historia de los ruidos subterráneos, que D. Pablo de la Llave publicó en el registro, trimestre de Enero de 1832, y allí se verá, cómo estos truenos de la tierra en ciertos meses del año, se repiten como para saludar á la Aurora cuando asoma su faz lucida sobre el pintoresco y delicioso valle, donde está la ciudad de Moctezuma. El lector de esos apuntes, fije su atención en estas dos cláusulas. La primera dice: "siendo los meses de Marzo, Abril y Mayo los más propensos á temblores, en los de los años de 30 y 31 que se oyeron estos ruidos, pasaron sin temblar, y en este de 31 en que escribo, solo se ha verificado este fenómeno en Julio y en Agosto, lo que es extraordinario. En estos dos últimos meses, oía de cuando en cuando las salvas. La segunda es la siguiente: "Hay á veces espantosos ruidos subterráneos, y que duran muchos días, sin producir extragos como los que hubo en Guanajuato á fines del siglo pasado: otros al contrario, anuncian infaliblemente tembrores como en varias partes del Sur en que les precede muy poco antes." ¿Qué ha habido de extraordinario, ni maravilloso, en cuanto hemos pasado, que no sea muy frecuente en nuestro país, sin que tengamos desgracia alguna

que llorar? Bendigamos á la Providencia, en vez de afligir y conturbar nuestros espíritus.

Hase dicho que los temblores de este año han sido de un género jamas experimentado en Guadalupe, que nunca se habian sufrido más fuertes, y que han excedido en número á los que en otros años han venido á molestar á la ciudad con sus impertinentes visitas.

Ninguna de esas opiniones inspiradas por el miedo son ciertas. Los temblores de Marzo de 1806 y los de Abril de 1818, fueron de trepidación, fueron gemelos de los del año presente: en ellos se sentía la misma elevación y depresión de la tierra, como si fuera un cuerpo elástico que se extendía y encogía violentamente; ni los pasados ni los actuales han dejado vestigio alguno, ni ruinas por donde poder comparar la fuerza de ellos entre sí; la memoria de las antiguas sensaciones es muy débil para que podamos fiarnos tal decisión; si hubo, pues, esa fuerza que se pondera, seria en dos ó tres de los sacudimientos, los demas no fueron sino ligerísimos sentones, que parecian más bien concusiones nerviosas no poco frecuentes en nuestro clima: el número de ellos ha sido exagerado, y con todo, los más funestos y meticulosos, no contaron sino siete del 25 de Abril al 2 de Mayo. ¡El año de 18



se llegaron á repetir por veinte veces en una noche! ¿Por qué, pues, nos quejamos? Con qué justicia? ¿por qué tememos nuestra ruina?

Los temblores, los ruidos subterráneos, son indicios de una próxima erupcion de volcan, pero dónde puede romper y dónde hay elementos para ese volcan; y qué temblores entónces! qué frecuentes! qué asoladores! qué ruidos tan repetidos y orribles! Ojalá y los que tienen la imaginacion preocupada con ese peligro, leyeran la terriblemente bella descripcion que del Jorullo hizo en su preciosa obra titulada, *rusticatio mexicana*, el ex-jesuita Rafael Landivar, de quien son los muy latinos versos ya referidos; y entónces exclamarían gozosos, no, no llorará la Elegia la destruccion de Guadalajara, como lamentó las desdichas del Jorullo, en la célebre composicion de Mosiño! ¿Y que falta á la relacion de esa catástrofe, hecha por el sábio del Rio en su excelente Manual de geología, á la pág. 42? "El llano de Malpaís forma una mesa elevada sobre el nivel del mar entre 2 y 3,000 pies, y rodeada de colinas de basalto, traquita y tova volcánica, indicando que, en un periodo remoto habia sido el país teatro de volcanes; pero desde el descubrimiento del nuevo mundo habia estado tranquilo, y el sitio del nue-

voque está á 36 leguas del mar por el punto más cercano, eran unos fértiles campos de caña y añil, regados por los dos rios pequeños Cuitomba y S. Pedro. El mes de Junio de 59 hubo ruidos subterráneos y temblores seguidos por espacio de dos meses, hasta que en Setiembre rompieron las llamas del fuego disparando á una altura prodigiosa, fragmentos de rocas encendidas.» Nosotros no hemos oido tan espantosos ruidos, ni los temblores fueron tan frecuentes, ni recios, ni en estacion en que no sea muy comun ese fenómeno en nuestro suelo; con que demos caso que el Colli, aún quedase sujeto á la influencia de la mar, no obstante la distancia que de él lo separa, y que no estuviera convertido en una caja repartidora, que distribuye cuantos elementos propios para un volcan reciba, y ni así podríamos acusarlo de abrigar en sus entrañas agentes de una revolucion de fuego.

Dijimos que los temblores de Guadalajara, ni en el año presente, ni en los anteriores, dejaron en pos de sí ruinas por donde pudiéramos medir su fuerza, y no dudamos que los escombros de las torres de nuestra catedral en su inmenso volúmen se hayan presentado á la imaginacion de cuantos estén leyendo nuestro dictámen. No, no debemos acusar á esos temblores de la catás-



trofe, pues ellos dieron ocasion y no fueron causa de la desgracia; desatada estaba la cúpula, cerramiento de esas torres, y demasiado habian durado sin amarre; las piedras colocadas solamente unas sobre otras, al menor vaiven ¿no habian de venirse abajo? No fué ánimo nuestro el incluir á Zapotlan en la inmunidad, digamos así, qué de extragos ha gozado Guadalajara por la ligereza de unos temblores y la poca duracion de todos: no obstante, nos parece conveniente hablar del espantoso suceso de 1806, que sin una imprudencia no hubiera acaecido. Desde que se edificó el templo que sepultó bajo sus escombros á tantos desdichados, se puso en él el principio de su ruina: ni las paredes, ni las bóvedas tuvieron amarres. Aun con el barniz de su juventud, ya tenia el templo todos los síntomas de decrepitud y se dejaba ver próximo á su disolucion: no podia ser, sino espantosa como pintan los poetas, las de los vivientes más fuertes moribundos. Era este estado tan visible, que se cerró el edificio años antes, y los fieles acudian á la actual iglesia, pequeña para la poblacion. En Marzo de 1806 se hicieron unas misiones, y le empeñaron los vecinos en que los sermones fueran en el templo abandonado ya, para que cupieran todos los que quisieran oír al predicador.

Se tuvo la debilidad de condescender con ellos, y á la hora del sermón, un temblor, vino á sacudir la postrada iglesia que cayó en gran parte para cubrir vivos bajo tan horroroso sepulcro, á la mayor parte de los asistentes. En uno y en otro caso, se quedaron en pie todos los otros edificios, entre los que no todos están á prueba de recios temblores. En Guadalajara, ¿cuál otro de tantos, que años atras están ruinosos, cuál da las muchas paredes aisladas, que están tan llovidas y carcomidas por el salitre en los arrabales, besaron la tierra en los temblores del año de 1818? Esas memorias no deben sobrecojernos, sino hacernos cautos pera evitar otras desgracias.

Hase dicho que Guadalajara está sobre una campana de arena. ¿Habrán podido formar de tan delesnable materia una campana por pequeña que sea, los que lo han asegurado? ¿Cuánto pesarán los edificios de esta extensa ciudad? ¿Por qué, pues, no se ha hundido? Se quiere, por algunos otros, que esa campana sea compuesta de capas, y que en cada sacudimiento se desprendan algunas, con lo que de dia en dia la costura es más delgada; si así fuera, una de estas noches iban todos los edificios á dar unos sobre otros, hasta los abismos, y nosotros todos



dentro de ellos: en el año de 18 cundió tanto esa idea, que puso en consternación á la gente, que en su mayor parte no son ni físicos ni geólogos. Quién sabe á donde hubieran llegado las consecuencias de ese terror, si el Sr. D. José de la Cruz, cuya memoria para Guadalajara es como la de Revillagigedo para México, no hubiera hallado recurso en su génio para evitarlas. Sé que algunos profetas decían en cuantas partes estaba y se hablaba de temblores, sé que algunos profetas nos anuncian que nos vamos á hundir; cuando yo sepa quiénes son, los mandaré á Chapala, para librarlos de la comun desgracia. Enmudecieron los agoreros y quedó el pueblo en paz.

A poco que se reflexione se ve la imposibilidad de que se formase ni mantuviese esa bóveda. Es incuestionable que nuestro terreno á muchas varas de profundidad, es formado de los oliviones que nos vienen del Colli. Tiempo hubo en que no existieron esas montañas, pues no existía el volcán. Firmes, pues, en el terreno de aquella época; rompe el fuego, se forma esa cordillera volcánica: las aguas comienzan á desnudarlas para vestir la superficie donde ahora está la ciudad: las arenas y las pómece que condujeron las aguas, se quedaron en el aire, ó se acostaron so-

bre el lecho que preexistía? ¿Si la primera avenida de esos cuerpos graves no se quedó en el aire, la segunda quedaría pendiente? ¿y la tercera? ¿y las demás? En todos los temporales nos traen esas materias las aguas, ¿quién de nosotros al salir de su casa, se ha encontrado con que ya el zahuan está colocado bajo una bóveda de arena? Este modo de pensar que tanto se presta á la chanza, nos hace acordar de cierto maestro, que se propuso dar lección de geografía á sus discípulos. A la hora señalada, llamó la atención de ellos haciendo un globo que anticipadamente estaba colocado en la mesa, y dijo á los muchachos: señores, conozcan vdes. la tierra: véanla como es redonda y dá vueltas sobre dos grandísimos pilares. Uno de esos señores, que no era nada lerdo le pregunta: ¿y dónde están sentados esos pilares? El maestro sin perturbarse le contestó, en el aire, majadero. En el mismo aire que están esos pilares descansando, se sostiene la bóveda donde está edificada la ciudad de Guadalajara. Lejos de sernos perjudicial, la naturaleza del terreno por su porosidad y figura, favorece la evasión de los vapores y los gases.

Sabemos que en el siglo pasado hubo un filósofo que asegurase, y sin haber visto nuestro